

El gato con botas

Érase una vez un viejo molinero que enfermó gravemente. Antes de morir, quiso repartir lo poco que tenía entre sus tres hijos. A su hijo mayor le tocó el molino; a su hijo mediano, el caballo; y a su hijo menor, Juan, le correspondió el gato.

—¡Ay! ¿Qué será de mí ahora? —se lamentaba el muchacho.

—No te preocupes, mi amo —le dijo el gato—. Obedéceme y te haré rico y feliz.

—Pero... ¿cómo? ¿Qué puede hacer un simple gato?

—Tú confía en mí. De momento tendrás que prestarme tus botas y tu bolsa.

El gato se puso las botas y, con la bolsa al hombro, se fue al campo. Allí cazó un conejo y se dirigió al palacio del rey.

—¡Oh! —dijo el rey—. ¿Quién me manda este magnífico regalo?

—Mi amo, majestad. El marqués de Carabás.

—Da las gracias a tu señor de mi parte —dijo el rey al simpático gato.

A partir de entonces, perdices, faisanes y otras exquisitas piezas de caza llenaron la despensa del rey. Todo llevado por el gato con botas en nombre del marqués de Carabás.

Un buen día, el gato dijo a Juan:

—Hoy irás a bañarte al río.

—¿Al río? ¡De ninguna manera! —contestó Juan.

—Tienes que obedecerme —dijo muy serio el gato—. Recuerda que te haré rico y feliz.

Juan no tuvo más remedio que hacer caso y, a regañadientes, se metió en el agua.

El gato escondió las viejas ropas de Juan y se sentó a esperar. Él sabía que el rey pasaría cerca de allí en su carroza. Al rato salió al camino y empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Unos ladrones han robado a mi amo, el marqués de Carabás!

El rey, que iba en compañía de su hija, ordenó detener la carroza cuando encontró a su viejo conocido.

—¿Qué ocurre, amigo?

—Majestad, unos ladrones han robado las ropas a mi amo mientras se bañaba.

—No te preocupes. Eso tiene fácil solución. Traed uno de mis trajes —ordenó el rey a su lacayo.

El gato llevó el lujoso traje a Juan y éste, elegantemente vestido, fue a saludar al rey a su carroza.

—Gracias por vuestros obsequios, marqués de Carabás. Tenía muchas ganas de conoceros —dijo el rey.

Juan, extrañado por las palabras del rey, acertó a decir tartamudeando:

—De... nada, majestad.

El rey invitó al ilustre marqués a que los acompañara en su paseo. Juan subió a la carroza real y se quedó embobado ante la belleza de la princesa. Ésta, a su vez, se mostró impresionada por el apuesto joven.

Mientras tanto, el ingenioso gato se adelantó por el camino y llegó hasta las puertas del castillo de un temible ogro.

—¡Señor! ¡Qué alegría encontrarlo! —dijo el gato.

—¿Qué quieres, gato insignificante? —preguntó el ogro.

—Soy un gran admirador suyo. Me han dicho que es capaz de hacer grandes prodigios. Que puede convertirse en el animal que desee.

—Así es —dijo el ogro con orgullo—. ¿Quieres verme convertido en león?

Y el ogro se convirtió en un rugiente león. El gato fingió temblar de miedo. A continuación se transformó en lobo y en burro.

—¡Oh, es maravilloso! —dijo el gato—. Pero, señor... todos son animales grandes. ¿Es usted capaz de convertirse en un animal pequeño? Un ratón, por ejemplo. No, no creo que pueda. Eso es... mucho más difícil.

—¿Difícil? ¡Para mí no hay nada difícil, majadero!

Y, diciendo esto, el ogro se convirtió en un pequeño roncillo de campo. Entonces, el astuto gato saltó sobre él y se lo zampó.

Poco después, los sirvientes del castillo y el gato con botas salieron a la puerta y comenzaron a gritar:

—¡Viva el rey! ¡Viva nuestro marqués de Carabás!

La carroza real llegaba en ese momento. El gato abrió las puertas del carruaje y sus distinguidos ocupantes entraron en el castillo ante la mirada atónita de Juan.

Allí, ante una mesa llena de manjares, el gato dijo al rey:

—Majestad, en nombre de mi señor, deseo pedirle la mano de su hija.

El rey, muy complacido, consintió en la boda. La princesa sonrió encantada. Juan dedicó la mejor de sus miradas a la bella joven y, mientras tanto, acarició agradecido el lomo de su fiel gato.